

HOMILÍA

SOBRE

LA PARÁBOLA DEL SAMARITANO (1).

*Spiritus Domini super me, eo quod
unxerit dominus me ut mederer contri-
tis corde et consolarer omnes lugentes.*
(Is., LXI.)

El espíritu de Dios está sobre mí:
porque el Señor me ha marcado con
su unción para que pueda curar
todas las llagas del alma y consolar
á todos los que lloran.

En el nombre y en la persona del Mesías que iba á venir, pronunció el Profeta estas dulces y tiernas palabras; y así fueron una revelación anticipada, que manifestaba de antemano el espíritu, el objeto, la importancia y las ventajas de la misión de Jesucristo en este mundo.

Ese amable Salvador vino en seguida á decir Él mismo á sus Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, yo os envío (2).» Y por ese medio nos ha hecho comprender que en la sucesión de los siglos, la misión de los Pastores, ministros del Evangelio, es exactamente la misma que la misión de Jesucristo, fundador de la Iglesia. Es decir,

(1) Predicada en San Pablo, diócesi de Montpellier, para la clausura del retiro eclesiástico.

(2) Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. (*San Juan*, xx, 21.)

que el sacerdote sólo recibe la unción divina del Espíritu Santo para continuar en el mundo la misión de amor que el Salvador comenzó acá abajo, y que, á ejemplo de su divino modelo, el sacerdote, como tal, no debe dominar por la fuerza, sino ganar los corazones por la caridad: que no debe ser el ministro de la justicia y de los castigos, sino el ángel de la misericordia y del perdón; en una palabra, que no existe sino para curar á sus semejantes de todos sus males, y asegurarles la verdadera libertad, los verdaderos consuelos, la verdadera felicidad. *Spiritus Domini super me*, etc.

Mas no fué suficiente para Jesucristo el delegar á sus Apóstoles y á sus sucesores esa preciosa é interesante misión, sino que quiso también presentarla como en acción y en un cuadro vivo en la deliciosa parábola del Samaritano.

Así, en el momento en que estos venerables sacerdotes, rodeando á su Santo Obispo con su respeto y su amor, después de haberse fortalecido por los ejercicios del retiro en el espíritu de su vocación, vienen á renovar aquí públicamente en presencia de Dios y del pueblo los compromisos de su sacerdocio, nada me ha parecido más oportuno que la explicación de esta parábola, en que el Hijo de Dios, revelándonos los prodigios de su amor, ha trazado de una manera tan palpable el verdadero carácter de su Iglesia, los deberes del sacerdote para con el pueblo, y los deberes del pueblo para con el sacerdote.

¡Espíritu Santo, por quien únicamente la caridad de Dios se difunde en los corazones, descendad hoy de una manera especial sobre todos nosotros, para que en la escuela del amor infinito, penetrados todos de esa caridad santa que forma las delicias de Dios y la felicidad de los hombres, aprendamos á amarnos, á servirnos, á consolarnos mutuamente en nuestras miserias y

en nuestras aficciones: *Ut mederer*, etc. Os pedimos esta gracia por la intercesión de María, Madre del perfecto amor. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

La palabra *Jerusalén* significa *la visión de la paz*; y la palabra *Jericó* la *luna*. Así, en la parábola que trato de explicar, la ciudad de Jerusalén representa el estado de inocencia en que el hombre gozaba la paz y el reposo del alma, y la ciudad de Jericó figura el estado de nuestra carne después del pecado. Porque así como la luna tiene diferentes fases, del mismo modo nuestra carne, por causa del pecado, nace en la miseria, crece en el padecimiento, envejece en el dolor, y desaparece por la muerte. Esas afinidades y esas interpretaciones, nos han sido suministradas por San Agustín (1).

El viajero de la parábola, que trasladándose desde Jerusalén á Jericó, cayó en manos de unos ladrones (2), es, según San Agustín, Adán y toda su raza; es la humanidad entera que por el pecado ha salido de la verdadera Jerusalén, de la visión de paz, del estado de gracia en que se está en comunicación y en unión de Dios, para pasar á Jericó, para comenzar á vivir la vida del pecado,

(1) Homo quid descendit est Adam: Hierusalem, civitas pacis, cujus beatitudine lapsus est. Jericho, id est luna, significat mortalitatem nostram, propterea, quod nascitur, crescit, senescit et moritur. (San Agustín.)

(2) Homo quidam descendebat ab Hierusalem in Jericho, et incidit in latrones (San Lucas, x, 30.) Había, según refiere San Jerónimo, entre Jerusalén y Jericó, un inmenso desierto, que los judíos llamaban *dommim*, es decir, lugar de sangre, á causa de los asesinatos que allí cometían con frecuencia los bandidos con los desgraciados viajeros. A esas circunstancias alude Jesucristo en esta narración, que, según muchos intérpretes, pudiera considerarse, menos que como una parábola, como el recuerdo de un hecho real, acaecido poco tiempo antes que el divino Maestro hiciese de él asunto de una de sus más magníficas é interesantes instrucciones.

esa vida que, como el astro de la noche, es mudable, inconstante y sujeta á faltas.

Los ladrones en cuyas manos cayó el desgraciado viajero, son, dice San Ambrosio, los ángeles de las tinieblas, en cuyas manos ha caído la humanidad, por no haber buscado en Dios su fuerza y su apoyo (1).

Se dice en la parábola que los ladrones, después de despojar al viajero de todo cuanto llevaba, después de haberle maltratado á golpes, le dejaron en medio del camino cubierto de heridas y exánime (2).

Pues bien; los malos espíritus han hecho otro tanto con el hombre que ha caído en su poder. Le han despojado, dice San Ambrosio, de su túnica de inocencia y de todos los adornos de la gracia espiritual (3). Le arrebataron, dice San Agustín, todas las costumbres virtuosas que forman los verdaderos adornos del alma (4). Le arrebataron, en fin, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la inmortalidad del cuerpo y el derecho á la candidatura del cielo (5). Consumaron ese despojo sacrilego, dice también San Agustín, ofendiendo profundamente al alma humana en sus más nobles facultades, en su libre arbitrio (6), cubriéndola de las asquerosas llagas del pecado, porque los pecados, dice el venerable Beda, són verdade-

(1) Qui sunt latrones, nisi angeli noctis et tenebrarum? (*San Ambrosio.*) Orígenes dijo también: «Los ladrones son esas potestades enemigas de las que el Señor ha dicho en el Evangelio: «Todos los que han venido antes de mí, no han sido más que ladrones y bandidos.» «Latrones sunt contrariæ fortitudinis, de quibus Dominus ait: Omnes, quotquot venerunt, fures sunt et latrones.» Es preciso acordarse también de que Jesucristo ha llamado al demonio el asesino del hombre, desde el principio del mundo. «Ille homicida erat ab initio.» (*San Juan*, VIII, 44.)

(2) Qui expoliaverunt eum, et plagiis impositis abierunt, semivivo relicto. (*San Lucas*, x, 30.)

(3) Expoliaverunt innocentiae veste et indumentis gratiae spiritualis. (*San Ambrosio.*) «De esa túnica, dice el venerable Beda, se sintieron despojados nuestros primeros padres, cuando reconocieron ruborizados que estaban desnudos.» Hæc est illa stola, qua amissa, protoplasti cognoverunt se esse nudos.

(4) Ornamentis morum. (*San Agustín.*)

(5) Immortalitate et dignitate cœlesti. (*San Juan Crisóstomo.*)

(6) Liberum arbitrium vulneratum. (*San Agustín.*)

ras llagas que alteran, que desfiguran la integridad del alma, como las llagas alteran y desfiguran la integridad del cuerpo (1).

El sacerdote y el levita que pasan junto al desgraciado viajero herido y moribundo, no se compadecen de su suerte y prosiguen su camino sin prestarle el menor socorro (2), significan, según San Juan Crisóstomo, la esterilidad del sacerdocio transitorio de Aaron, y la ineficacia de la ley mosaica para curar las heridas y las enfermedades de la humanidad caída (3). Según otros intérpretes, se puede pensar también que ese sacerdote y ese levita figuran á los sacerdotes y filósofos paganos, que conocieron de cerca las miserias y las llagas de la humanidad, pero que, en vez de hacerlas desaparecer, contribuyeron á que fuesen más profundas é incurables por las infamias y los horrores de sus supersticiones, y por sus doctrinas vanas y estériles, cuando no funestas á las costumbres por su licencia.

¡Oh cuán bien representa á la humanidad entera ese pobre viajero, despojado, despedazado á golpes, perdiendo con su sangre el resto de sus fuerzas, atormentado por el dolor de sus heridas, impotente para levantarse, y próximo á espirar sin remedio y sin auxilio!... Es muy bien, según opinión de San Agustín, la imagen de la humanidad herida por la falta primitiva y por sus faltas actuales, yacente sobre el camino que podría conducirle á la vida, pero impotente para levantarse de su

(1) Plagæ peccata dicuntur, quia his humanæ naturæ violatur integritas. (*Venerable Beda.*) «Sobre la palabra *semivivo*, medio muerto, San Agustín hace observar que el hombre, en cuanto al corazón, como asolado y tiranizado por el pecado, estaba realmente muerto: pero en cuanto al espíritu, estaba todavía vivo, porque todavía podía conocer y comprender á su Dios.» Semivivo, quia ex parte qua potest adhuc cognoscere et intelligere Deum vivus est; ex parte qua peccatis contabescit et premitur mortuus est.»

(2) Sacerdos quidam viso eo præterivit, similiter et levita. (*San Lucas*, x, 31, 32.)

(3) Non sacerdos Aaron transiens sacrificio potuit profuisse; nec frater ejus Moyses per legem potuit subvenire. (*San Juan Crisóstomo.*)

corrupción, incapaz de procurarse por sí misma los auxilios espirituales, y sin esperanza de obtenerlos de otro, no descubriendo otra perspectiva que la de la desesperación y la muerte eternas (1).

Mas acordémonos, hermanos míos, que cuando los judíos, en su sacrilega audacia, dijeron al Salvador del mundo: «Sois un samaritano y un poseído» (2). Jesucristo, con un aire de dulzura y de paciencia infinita, les respondió: «No, yo no estoy poseído del demonio (3).» Así, como observa Orígenes, de los dos insultos que fueron dirigidos a nuestro amable Salvador, no rechazó más que uno solo, el segundo: dejó subsistente el primero; no rehusó el ser tratado de Samaritano, y aun aceptó ese insulto como un título de honor y como su nombre verdadero.

En efecto, la palabra *Samaritano* significa *guarda* ó *custodio*. ¿Cómo, pues, el Dios de bondad podría rechazar esa calificación, Él, de quien el Profeta había dicho que vela siempre sobre su pueblo, que no suspende jamás, ni por un instante, su tierna solicitud, y que le protege y conserva con amor como a la pupila de sus ojos?... (4).

«No es pues, dudoso, dice San Agustín, que en el Samaritano del Evangelio, Jesucristo ha querido pintarse y representarse a sí mismo, y ved cuán bien el retrato representa al original» (5). Se ha dicho del Samaritano que viajando por el camino de Jerusalén a Jericó, y encontrando al desgraciado herido, se aproximó a él con su cabalgadura, y viendo el lastimoso estado en que le

(1) Totum genus humanum est homo ille qui jacebat in via; quia vires ei propriae ad surgendum non sufficiebant. (*San Agustín.*)

(2) Samaritanus es tu, et daemionium habes. (*San Juan*, VIII, 48.)

(3) Ego daemionium non habeo. (*Ibid.*, 49.)

(4) Non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel. (*Salmo cxx*, 4.) Custodi me, Domine, ut pupillam oculi. (*Ibid.*, XVI, 8.)

(5) In Samaritano Dominus noster Jesus Christus se voluit intelligi. (*San Agustín.*)

habían dejado los bandidos, se compadeció de él (1).

«¿Es posible, dice San Ambrosio, leer estos pormenores sin recordar que el Verbo divino descendido del cielo, y haciendo por su humanidad el mismo viaje que el hombre, se compadeció de él, en el lamentable estado en que le encontró, se aproximó a él, y le hizo experimentar los efectos de su misericordia?» (2). La cabalgadura en que el Samaritano llegó junto al moribundo viajero, significa, según un gran número de intérpretes, la naturaleza humana, por la que el Verbo de Dios se dignó venir hasta nosotros (3). Sí, sobre la humilde cabalgadura de su humanidad, tan frágil y tan sujeta a padecer como la nuestra, en calidad de hijo del hombre, como Él mismo lo dice, el verdadero Samaritano, el verdadero amigo del hombre, vino en busca del hombre para salvarle (4).

El Samaritano de la parábola no se limitó a estériles movimientos de compasión para con el infortunado herido, sino que, desmontándose de su cabalgadura, se inclinó sobre él, le alentó, le consoló, lavó y curó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino, y en seguida se las vendó con mucho cuidado. ¡Oh compasión! ¡oh ternura! ¡oh caridad de aquel buen Samaritano!...

«Todo eso, dice San Juan Crisóstomo, no es más que la pintura fiel de los piadosos cuidados de que somos objeto por parte de Jesucristo.» En efecto, por el vino misterioso de la sangre de su pasión, por el aceite simbó-

(1) Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum, et videns eum, misericordia motus est. (*San Lucas*, x, 33.)

(2) Venit secus eum, quia descendit de caelis et Verbum caro factum est factus misericordia vicinus. (*San Ambrosio.*)

(3) Jumentum est caro qua Verbum Dei ad nos venire dignatus est. (*Haymon.*) Orígenes, San Agustín, San Juan Crisóstomo, Teofilacto, Eusebio de Emeso, y otros muchos escritores eclesiásticos, han dado la misma interpretación, y reconocido, en la cabalgadura del Samaritano, la humanidad del Verbo hecho carne.

(4) Venit secus eum, quia Filius hominis venit querere et salvum facere quod perierat. (*San Ambrosio.*)

lico de los sacramentos, ha curado las llagas de nuestros pecados, nos ha aplicado los únicos remedios que sanan, es decir, que santifican eficazmente (1).

San Juan ha dicho que Jesús nos ha lavado efectivamente con su sangre (2). El Profeta Rey ha dicho también que Dios, por el aceite de la gracia, nos ha dado la unción santa que desde la cabeza desciende y se esparce por todo el cuerpo (3). También ha curado y vendado cuidadosamente nuestras heridas, porque, dice San Agustín, no se contentó con presentarnos en los sacramentos el remedio del pecado cometido, sino que nos asegura además en ellos preservativos eficaces contra todos los que intentásemos cometer (4).

Pero los cuidados más exquisitos prodigados por el Samaritano al herido, de nada hubieran servido si le hubiese dejado extenuado y sin fuerzas en medio del camino y en un sitio desierto. Le levantó, pues, con la mayor precaución posible, le colocó como mejor pudo sobre su caballo, y le condujo á la primera posada que encontró. Allí hizo le suministraran todo lo que necesitaba, cama, lumbre, remedios, alimento, y continuó cuidándole con el afecto de un amigo y la abnegación de una madre (5).

Del mismo modo, la pasión y la muerte por las que Jesucristo, el Samaritano celestial, había lavado y curado nuestras heridas, y luego los sacramentos tan necesarios para la consolidación y curación de esas mismas llagas, todo hubiera sino inútil, y no habría servido de nada, si

(1) Vinum et oleum, id est sanguinem passionis et oleum chrismatis, quibus delictorum vulnera curantur et sanctificationis medela praestatur. (San Juan Crisóstomo.)

(2) Qui lavit nos in sanguine suo. (Apoc., I, 5.)

(3) Impignasti in oleo caput meum. (Salmo XXII, 5.)

(4) Alligatio vulnerum est cohibitio peccatorum. (San Agustín.)

(5) Et imposuit illum super jumentum, et duxit eum in stabulum, et curam ipsius egit. (San Lucas, X, 34.)

el Salvador nos hubiese dejado en el desierto de este mundo, sin otro auxilio, abandonados á nosotros mismos. ¿Qué hizo, pues, el amable Salvador? Elevó hasta Él, por la confianza que supo inspirarla, á la humanidad que acababa de salvar por la redención, y que llevaba en sí mismo en la persona de Adán, nuestro primer padre (1). Llevó esa humanidad (2), y la colocó en el parador de la Iglesia que acababa de fundar expresamente para eso. Allí le prodigó todos los cuidados, todas las ternuras de su caridad infinita, durante los cuarenta días que sucedieron á su resurrección (3). Porque la Iglesia, dice Orígenes, es una verdadera hospedería, siempre abierta para los que quieren entrar en ella, siempre pronta á recogerlos á todas horas, y que no niegan á nadie su hospitalidad y su auxilio (4).

(1) Adam protoplastum Christus in se portavit (San Agustín.)

(2) San Agustín hace observar la particularidad de que el Samaritano, colocando sobre su cabalgadura al pobre herido, le condujo marchando él á pié: «Duxit ille pedibus incedens.» Eso nos recuerda que el hijo de Dios no sólo se hizo Hijo del hombre, sino también servidor suyo, como lo dijo Él mismo: «Yo no he venido para ser servido, sino para servir: Non veni ministrari, sed ministrare.» San Pablo entra en el mismo pensamiento, cuando dice de Jesucristo: «Tomó la forma del esclavo: Formam servi accipiens.»

(3) San Ambrosio dice que por las palabras «al día siguiente, altera die, Jesucristo en la parábola entendió el día de su resurrección: «Altera dies, resurrectionis dies.»

(4) «Pandochium, quod universos suscipit, intrare volentes, Ecclesia intelligitur quae omnes suscipit, nulli auxilium denegat. (Orígenes.)» Observemos que la palabra original griega que el intérprete latino ha traducido por la palabra *stabulum*, significa también *hospedería de pobres*. Pues bien; la Iglesia es una verdadera hospedería de los pobres, puesto que recibe á todos los hombres que, como ha dicho San Agustín, son los mendicantes de Dios: «Omnes mendici Dei sumus.» Nos parece que se leerá también con satisfacción la hermosa interpretación que San Juan Crisóstomo hace de ese pasaje: «La hospedería, dice, es la Iglesia, que acoge á todos los que se dirigen á ella después de haberse cansado en los caminos del mundo, y que se hallan abrumados con el peso de sus culpas: «Stabulum Ecclesiae est quae in mundi itinere lassatos, et sarcina delictorum defessos suscipit venientes.» Y luego el mismo Santo Doctor continúa: «En esa hospedería, el viajero no tiene más que descargar el peso de sus pecados, y al punto se encuentra aliviado, y recobra sus fuerzas con un alimento saludable: «Ubi depositio onere peccatorum, viator lassus reficitur, reffectus salutari pabulo reparatur.» En esa hospedería se está á cubierto de los rayos abrasadores del sol y de los fríos del invierno: «Ubi nec flagrantis solis ardor sentitur, nec hiemis frigus timetur.» Fuera de

Observad también, dice Teofilacto, que no sin misterio se ha dicho que el Samaritano llevó al parador al herido sobre su caballo. Eso significa que Jesucristo ha puesto nuestra humanidad herida sobre la suya propia, haciéndonos llegar á ser miembros (1), y que nadie, añade el venerable Beda, entra en la hospedería de la Iglesia, á menos que no sea llevado á ella por el mismo Jesucristo, que en el bautismo nos incorpora á su cuerpo místico (2).

Pero hé aquí el rasgo más hermoso de la caridad del Samaritano. Obligado á marchar á la mañana siguiente, llamó al dueño de la posada, y mostrándole al viajero herido, le dijo: Os recomiendo á ese desgraciado. Tened con él el mismo cuidado que conmigo mismo. Ahí tenéis dos monedas de oro; no economicéis nada de lo que pueda serle necesario, y si os veis en la necesidad de gastar más para su curación, no tengáis reparo ni inconveniente alguno, porque yo os lo abonaré á mi regreso (3).»

El dueño de la posada, según Orígenes, es el que preside á la Iglesia, el Soberano Pontífice, los Obispos, el clero entero, que todos reunidos no forman más que un

esa hospedería, los bandidos y los lobos acometen á cuantos encuentran: «Es-
»tra stabulum latrones pessimi et lupi rapaces grassantur.» Dentro de ella no hay que temer nada de eso. Si el lobo se introduce allí con piel de oveja, bien pronto es descubierto; se grita: ¡Al lobo!... ¡al lobo!... y es arrojado fuera: «Ubi si fortè lupus latens, sub velamine ovium esse detegitur, publicatus adjicitur.» Todo lo que es malvado, todo lo que es malo ó funesto, está fuera de la Iglesia. En ella no se encuentran más que inocentes corderos, un aire salvable y un reposo perfecto: «Intra stabulum, innocentia agnorum, et requies omnis et salubritas.» Amad, pues, al Señor, que por amor á vosotros vino á este mundo, que os ha sacado de la profunda miseria en que habíais caído, que os ha conducido Él mismo é introducido en la Iglesia: «Dilige Dominum, qui propter te in sæculum venit; qui te jacentem erexit, qui te in »Ecclesiam per semetipsum invexit.»

(1) Imposuit super jumentum suum, quia membra sua nos fecit. (Teofilacto.)

(2) Quia nemo, nisi per baptismum Christi, intrat in Ecclesiam. (Ibid.)

(3) Altera die protulit duos denarios, et dedit stabulario, et ait: Curam ipsius habe; et quodcumque supererogaveris, ego, cum reddero, reddam tibi. (San Lucas, x, 35.)

cuerpo, una persona moral que gobierna la Iglesia, que ejerce toda la acción de ella (1).

Las dos monedas son, según San Ambrosio, las Sagradas Escrituras de los dos Testamentos, que presentan de una manera sensible los caracteres de la inspiración divina, al mismo tiempo que los dogmas de la unidad y de la Trinidad en Dios, de la divinidad y de la humanidad de Jesucristo. Es como la imagen del gran Rey de los cielos, como las monedas llevan el sello y la imagen de los Reyes de la tierra. Dios ha dejado esas Escrituras en depósito en manos de la Iglesia, y son de una utilidad inmensa para curar todas las heridas del alma (2).

Puede decirse también que esas dos monedas significan la VERDAD y la GRACIA: la verdad, que cura los espíritus iluminándolos; la gracia, que cicatriza las llagas de los corazones santificándolos; la verdad, en el conjunto de la revelación; la gracia en la institución de los sacramentos; la verdad y la gracia de que Jesucristo, al día siguiente de la resurrección, antes de volver á partir para el cielo, confió el depósito al dueño de la verdadera hospedería, al cuerpo de los Pastores de la Iglesia. Esas son, dice San Juan Crisóstomo, las dos monedas que nos proporcionan el volver á poner el pié á los caídos, el cuidar á los enfermos y curar á los heridos en el orden espiritual, como también el conservar la salud á los que la han recobrado (3).

¡Cuán bellas son esas interpretaciones!... exclama Orí-

(1) Stabularius Ecclesie præsidem significat cui dispensatio credita est. (Orígenes.) San Juan Crisóstomo dice también: «Por el dueño de la posada, afirmamos que debe entenderse el Obispo: Stabularium Episcopum confirmamus.»

(2) Denarii sunt duo testamenta quia imaginem in se habent magni Regis expressam, quorum pretio vulnera nostra curantur. (San Ambrosio.)

(3) Illi sunt denarii per quos eriguntur lapsi confirmantur sani, sanantur vulnerati, curantur aegroti. (San Juan Crisóstomo.)